

DEPORTE Y CULTURA

LA TOPONIMIA EN EL ALPINISMO

No nos proponemos en estas líneas—con las que respondemos a una invitación que, desproporcionadamente, nos honra—hacer un elogio del alpinismo como deporte. Compenetrados de sus excelencias cuantos en nuestra Federación militan, resultaría vano el dirigir una crónica de *catequización* a un público ya convencido.

Dejando, pues, por admitida, la utilidad de nuestro deporte favorito para el mejoramiento físico y moral de quien lo practica, intentemos estudiar el alpinismo bajo otro aspecto: en sus afinidades de la vida intelectual, considerando las utilísimas aportaciones, que un montañero inteligente puede hacer a aquella.

Un geólogo, en sus excursiones, se sorprende ante el corte de un terreno; un naturalista, ante una nueva especie de la flora o la fauna peculiar de las alturas; un pintor, al contemplar un efecto insospechado de luz o de nieblas; un folklorista, escuchando la leyenda de la *fuelle de los nudos* o la de las *hierbas locas* (1); un filólogo, al observar la original composición de un nombre toponímico. . . .

Basta con lo expuesto para señalar algunos de los múltiples aspectos culturales que presenta el deporte del alpinismo, dignos todos ellos de preocupar a quienes en nuestro País llevan la dirección de aquél.

El tema iniciado bien pudiera servir de motivo a una serie de artículos, interesantes seguramente para cuantos comulguen con esta idea de que al alpinismo pudiéramos llamarle *el deporte de los intelectuales*. Mas mi incapacidad en primer término y razones de espacio, por añadidura, obliganme a conformarme en esta ocasión con desarrollar solamente un aspecto de la cuestión a que vengo refiriéndome: la toponimia en sus relaciones con el alpinismo.

Conocida de todos es la inapreciable utilidad de las investigaciones toponímicas para el estudio y depuración de un idioma. La toponimia, esa verdadera *lengua fósil*, es un testigo sincerísimo que nos da la pauta para la resolución de no pocas cuestiones de Filología.

Mientras el habla de un país evoluciona constantemente, la toponimia, y muy especialmente la toponimia menor, permanece inmutable en el transcurso de los siglos.

Multitud de ejemplos pueden servir de demostración de este aserto. La palabra *Apeninos*, nombre de la célebre cordillera italiana, es puramente céltica; *Rigi-Kulm*, famoso monte suizo, inmortalizado en *Tartarin en los Alpes* y situado próximo al Lago de Lucerna, en una región donde no se habla otra lengua que el alemán, nos presenta su nombre latino, que no significa otra cosa que *cumbre regia*.

(1) En cierta ocasión en que, a causa de la niebla me extravié en el Gorbea por espacio de varias horas, aseguraronme en Zárate que el motivo de mi error había sido, sin duda, el haber pisado alguna "hierba loca".

En Quejana me recomendaron el año pasado que si se me ocurría beber agua en un manantial situado en la vertiente N. de la Sierra Salvada; denominado "fuente de los nudos" tuviese la precaución de hacer uno con dos hierbas inmediatas, pues con ello me libraría de una segura indigestión.

Como si esto fuera poco, el sabio filólogo Hubschmied, en un trabajo de reciente publicación, ha demostrado que en la toponimia de la misma región suiza se encuentran restos de carácter céltico.

Ahora bien, si es grande el interés de esta cuestión en dichos países, en el vasco, teniendo en cuenta que la literatura propia no aparece hasta el siglo XVI, y, en cambio, en documentos del siglo XI constan ya numerosos nombres de lugar euzkéricos, la importancia de nuestros estudios toponímicos es aún mayor.

Además por ser el País Vasco extraordinariamente montañoso, su población se disemina en viviendas aisladas, circunstancia que impone la necesidad de caracterizar nominalmente pequeñas extensiones o accidentes del terreno. Este sistema es la causa del origen de nuestros apellidos, esencialmente toponímicos, como en todos los países montañosos, mientras que en los llanos, la patronimia se deriva, en general, de apodos o de nombres de oficios.

Si es que ha habido algún alpinista lector, que, puesta a prueba su resistencia en nuestras incomparables montañas, ha sido tan incansable que me ha seguido hasta aquí, podrá preguntarme al llegar a este punto: si es tan grande la utilidad de las investigaciones toponímicas para el estudio de nuestra lengua, ¿qué contribución podemos aportar nosotros al progreso del *enzkera*?

Una contribución—responderémosle—tan preciosa como sencilla de obtener. En nuestras excursiones, será un aliciente más el procurar enterarnos de cómo se llama la fuente en donde hemos saciado la sed en medio de una penosa subida, o cuál es el nombre de la peña, que, tras denodados esfuerzos para dominarla, nos ha retribuido con largueza, dispensándonos la contemplación de un panorama maravilloso. . . .

Apuntemos con cuidado estos nombres, no fiándonos jamás al oído, cuidando de que nuestros informadores, por su cultura, por su edad o por el lugar de su nacimiento, nos merezcan entero crédito y comuniquemos el producto de nuestra investigación a los directivos de nuestro Club, por medio del *parte alpino*, o, más directamente aún, a la benemérita Sociedad de Estudios Vascos, que tanto se preocupa de estas cuestiones.

Pongamos en nuestra labor el más exquisito cuidado, no dando nunca como cierto un nombre que sinceramente nos parezca dudoso y tengamos la absoluta seguridad de que con este trabajo insignificante dispensamos un gran favor a la cultura de nuestra tierra y al progreso intelectual de nuestra raza.

EMILIO DE APRÁIZ

De la delegación alavesa de F. V. N. A. y de
la comisión alpina del C. D. Alavés.

